HISTORIA ORAL COMUNITARIA, EL OTRO CAMINO

*Gerardo Necoechea Gracia\**

Las fuentes orales han estado en la caja de herramienta del historiador por mucho tiempo, por eso cuando hoy día hablamos de historia oral se hace necesario especificar que nos referimos a la práctica moderna. Distinguen a esta práctica dos características: el propósito de generar fuentes para ser resguardadas en archivos, y el uso de la grabación de audio que fija fielmente la oralidad. Debido a la primera, la asociación con bibliotecas y archivos fue al principio más importante que con la academia de historiadores. Historiadores orales y organizadores comunitarios desarrollaron casi a la par otro uso de la historia oral, orientado hacia la conexión entre política y memoria e invitando a los protagonistas a investigar y escribir su propia historia. Ese es el otro camino y la siguiente exposición ofrece, primero, un breve panorama de su desarrollo en México, y segundo, la descripción de un proyecto comunitario y la reflexión acerca de las diferencias con respecto a proyectos de archivo.

La historia oral moderna inició en México con la creación del Archivo de la Palabra, lanzado por Eugenia Meyer y Alicia Olivera dentro del Instituto Nacional de Antropología e Historia.[[1]](#endnote-1) La influencia del trabajo de historia oral en Estados Unidos, particularmente de la Oficina de Historia Oral en la Biblioteca Butler, de Columbia University, es innegable. La similitud formal— grabar entrevistas, crear un archivo, diseñar proyectos acerca de grandes momentos de la historia—ha llevado a algunos a suponer una cercanía mayor.[[2]](#endnote-2) Los proyectos de la Oficina de Historia Oral, sin embargo, apuntaban hacia una historia política heroica, mientras que tres de los proyectos emblemáticos en el archivo mexicano registraron la historia de los vencidos: el ejército revolucionario de Emiliano Zapata, los rebeldes cristeros y los exilados republicanos llegados de España. La orientación de la historia oral mexicana desde un inicio fue hacia registrar la historia de los de abajo, e incluso, hacia una historia a contracorriente.

El trabajo de Meyer y Olivera y el Archivo de la Palabra del INAH son las referencias más comunes con respecto a la historia oral en México. En el transcurso de los años ochenta y noventa del siglo pasado surgieron otras iniciativas inspiradas en ese proyecto (Archivo de la Palabra del Instituto Mora, Laboratorio de Historia Oral de la Universidad de Guanajuato, entre otros), que tienen en común su base institucional debido a la locación del archivo para el que se hacen las entrevistas.

Existía en México, previo a la creación del Archivo de la Palabra, el uso de historias de vida en la investigación social. Posiblemente entre los primeros trabajos está el realizado por Manuel Gamio acerca de los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos.[[3]](#endnote-3) Gamio fue invitado por Robert Redfield a la Universidad de Chicago, y de ahí surgió la idea de la investigación. La Universidad de Chicago en esos años desarrolló lo que más adelante se consideraría como la escuela de sociología de Chicago, que tenía dos rasgos distintivos: el uso de historias de vida y la preferencia por el espacio comunitario entendido en términos físicos y sociales.[[4]](#endnote-4) Gamio recurrió a las historias de vida, sin dejar de lado la investigación cuantitativa, y de manera imaginativa aplicó nociones de comunidad para referirse a los mexicanos desperdigados en asentamientos a través de un amplio territorio en Estados Unidos. La calidad de su estudio seguramente influyó para que ambos recursos metodológicos, historia de vida y comunidad, fueran adoptados por la antropología mexicana. Destaca, una generación después, la publicación de *Juan Pérez Jolote*, de Ricardo Pozas; y todavía una generación posterior, el trabajo de Susana Glantz.[[5]](#endnote-5)

Une a estos últimos autores su interés por la cultura de las clases subalternas y el entretejido metodológico que hicieron de historia de vida y comunidad. Los ejemplos nos muestran esa otra vertiente que nutrió la historia oral, razón por la que la historia oral en México estuvo más cerca de la antropología que de la historia académica. Debido a este acercamiento, resulta comprensible el interés por las gentes del común, por las disidencias políticas y por las prácticas culturales populares que demostró la historia oral mexicana.

Además de contar con esta otra raíz antropológica, la historia oral también desarrolló una práctica no institucional; es decir, no todo fue archivos de la palabra y grandes proyectos alojados en instituciones de investigación o educación. Proclives a investigar historias populares y comunitarias, algunos historiadores orales prefirieron anclar sus esfuerzos en las comunidades estudiadas. La historia oral mexicana recorrió tanto el camino de creación de archivos como el de los estudios comunitarios; cosa similar ocurrió en otros países, aunque la práctica fue nombrada de distinta manera (Ronald Grele se refiere a historia social y no historia comunitaria, por ejemplo).[[6]](#endnote-6)

En la actualidad no es fácil distinguir esas distintas prácticas. No es que con el tiempo hayan tendido a la fusión sino, más bien, a la desaparición. La continua disminución de presupuestos para la educación pública ha implicado, también, menos dinero para crear o agrandar colecciones de historia oral en los archivos. Al mismo tiempo, ha decaído el interés por llevar a cabo proyectos comunitarios, porque requieren una gran inversión de tiempo y en la actual situación, donde parte del salario académico es a destajo, no arrojan suficientes productos cuantificables en las escalas académicas. Hoy día es más común el historiador que trabaja solo, y todavía lo es más el investigador que recurre a la historia oral para escribir una tesis, sin intención de preservar el puñado de entrevistas que puede lograr en los limitados tiempos de investigación. Esta es una poderosa razón para llevar la atención hacia cómo hemos trabajado con historia oral. Tramos del camino institucional han sido ya contados en varias publicaciones, y en cambio poco sabemos de los recorridos por el camino comunitario de la historia oral.

La presencia de los proyectos comunitarios fue probablemente posterior a los proyectos de archivo, pero viene de tiempo atrás. Lorena Paz Paredes y Julio Moguel publicaron en 1979 los testimonios de lucha de una comunidad campesina de Oaxaca; en la presentación relatan someramente el proyecto, llevado a cabo en 1976.[[7]](#endnote-7) Importante mencionar las publicaciones del Taller de Tradición Oral de la Sierra Norte de Puebla, entre ellas *Sentiopil, el Hijo del Maiz* y *Tekintenkakiltiayaj in toueytatauan / Les oíamos contar a los abuelos*.[[8]](#endnote-8) Hay que señalar también las investigaciones de historia oral dentro de los proyectos de museos comunitarios, coordinados por la Asociación de Museos Comunitarios.[[9]](#endnote-9) Más reciente, el proyecto llevado a cabo por Mario Camarena en La Fama, Tlalpan, y el trabajo de investigación medioambiental realizado por Hilda Hernández y estudiantes de la Universidad de Coahuila.[[10]](#endnote-10) Podríamos probablemente extender la lista si la difusión fuera mayor.

Pero no sólo su existencia es poco conocida; tampoco hay mucho acerca de formas y problemas de trabajo, o de contribuciones a la historia oral.[[11]](#endnote-11) Por esa razón me parece importante relatar una de las tempranas experiencias en historia comunitaria, el Taller de Historia Oral de Río Blanco, de 1983. Además del propósito de difundir la experiencia, me interesa señalar algunas cuestiones prácticas respecto de su realización y apuntar algunas diferencias con respecto a la concepción y uso de la memoria, y con respecto a la relación entre el investigador y las personas a quienes entrevista.

La creación del Taller de Historia Oral de Río Blanco

Río Blanco es una pequeña ciudad en el valle de Orizaba, que creció alrededor de una fábrica textil fundada en 1892. Es reconocida por la historia nacional debido a los disturbios y masacre ocurridos en 1907, que pasaron a la historia como la huelga de Río Blanco, considerada precursora de la revolución de 1910. A través del siglo XX, la fábrica dominó la economía y los ritmos de vida de la ciudad, mientras que el sindicato dominó la política y los servicios.[[12]](#endnote-12) En 1982, un grupo de obreros jóvenes desafiaron a una dirigencia espuria que por muchos años había ocupado y manejado a su antojo el comité ejecutivo del sindicato. El desafío desató un fuerte movimiento popular en apoyo a los disidentes. Durante días la fábrica paró, el pueblo se volcó a la discusión y la movilización, y sindicalistas disidentes y oficialistas se enfrentaron a puñetazos y en las urnas.[[13]](#endnote-13) El triunfo y ascenso al comité ejecutivo sindical de estos jóvenes disidentes constituyó una coyuntura favorable para proponerles la creación de un taller de historia oral que diera cuenta de la historia obrera local.

Bernardo García, amigo y colega oriundo de Ciudad Mendoza (población vecina de Río Blanco), me relató los sucesos. Comenté con él la idea de hacer un taller de historia comunitaria, y en respuesta me propuso que mientras él se iba a estudiar a Italia, yo ocupara, en calidad de interino, su plaza como investigador en el Centro de Investigaciones Históricas (CIH, hoy Instituto) de la Universidad Veracruzana. En agosto o septiembre de 1982 propuse la idea del taller en una reunión de los investigadores del CIH, y la aceptaron.

En retrospectiva, me asombra la audacia de proponer hacer algo que no sabía cómo hacer. No recuerdo haberme detenido a considerar el asunto, y sí en cambio, mi entusiasmo por acometer la tarea. ¿Mis credenciales? Había conocido algo de los intentos de un grupo de historiadores socialistas y activistas por conjuntar a trabajadores e historiadores, que más tarde fructificó en el Massachusetts History Workshop. Había escuchado una conferencia, y después platicado brevemente con Jeremy Brecher acerca de su proyecto de historia oral con trabajadores en Connecticut. También había asistido a varias presentaciones ofrecidas por el grupo inglés de autobiografía obrera y la revista *History Workshop* en Nueva York.[[14]](#endnote-14) En otras palabras, había oído un poco y leído un poco; debido a ello, pensaba que lo sabía todo.

La arrogancia acompañada de la ignorancia tuvo consecuencias. Cuando propuse el taller en el CIH, varios investigadores estuvieron interesados y propusieron algunas ideas. Nos embarcamos, desafortunadamente, en una discusión respecto de si el taller debía iniciar con discusiones acerca de la historia de Río Blanco (remontándose a fines del siglo XIX) o si debía iniciar con discusiones acerca de la vida obrera en la actualidad. Mis colegas acertadamente sugerían lo segundo, mientras yo me empeciné en lo primero. Estoy seguro de que mi vehemente necedad los desanimó no sólo a continuar la polémica sino a colaborar en el trabajo. Perdí así la posibilidad de contar con la ayuda de colegas que tenían mayor conocimiento y sensibilidad, y por si eso fuera poco, la posibilidad de que sus estudiantes participaran del proyecto.

Desconocía yo ciertas prácticas y formalidades que revisten la política y las instituciones. Mi gran idea para empezar consistía en ir al edificio sindical y anunciar el taller. Por suerte, el entonces director del CIH, Ricardo Corzo, era ducho en estas artes y era un generoso amigo. El ideó la estrategia para un primer acercamiento: inició con una carta formal de la Universidad que solicitaba permiso y colaboración al sindicato, siguió con una reunión algo tensa y acartonada en la oficina del secretario general del sindicato (afiliado a la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos), y terminó relajadamente con los miembros del comité ejecutivo y nosotros comiendo pollo en mixiote, tomando cerveza y compartiendo anécdotas. Gracias a este procedimiento respetuoso de formas y tiempos, el sindicato aceptó la propuesta del taller, y en poco tiempo logró que el municipio nos concediera un local para sesionar, justo en la plaza central; simultáneamente, corrió la voz y la sesión inaugural estuvo muy concurrida. Debido a mi falta de pericia en la conducción de este tipo de relaciones, al poco tiempo de iniciado el taller perdí contacto con la mesa directiva del sindicato; ellos, por su parte, a distancia estuvieron atentos a su desenvolvimiento.

Compensé la distancia respecto del sindicato con otras relaciones. En Xalapa, antes de viajar a Italia, Bernardo se aseguró de que conociera yo a Ángel. Él era un becario en el Centro de Investigaciones Pedagógicas un poco más joven que yo y originario de Río Blanco. Amiguero y generoso, Ángel ofreció hospedarme en la casa de sus padres y ser mi guía en la comunidad. Como Río Blanco es realmente pequeño, todo mundo conocía a Ángel y se acostumbraron a verme con él y a aceptar mi presencia en la ciudad. Simultáneamente, la actividad misma proveyó una red de relaciones. Con frecuencia cenaba en casa de Silvia, una de las asistentes al taller, de manera que hice amistad con su marido que era maestro y con sus dos hijos pequeños. Me hice así de una base de operaciones y de una red de amistades, de manera que conté con la necesaria compañía humana y me fui sumergiendo en la cultura cotidiana de una comunidad obrera.

La sesión inaugural estuvo muy bien atendida. Acordamos reunirnos una tarde a la semana, durante 2 o 3 horas. Entre veinticinco y treinta personas asistieron en los primeros dos meses, principalmente hombres de la Asociación de Jubilados y mujeres de la recién formada Asociación Cívica de la Mujer Rioblanquense; asistieron también algunos obreros jóvenes, incluyendo cuadros medios del sindicato. Mi equivocada insistencia en ver el taller como un salón de clases, aunada al deficiente conocimiento de cómo trabajar con grupos, hizo que los obreros jóvenes perdieran interés muy pronto; los jubilados duraron un poco más. Al final, quedó un grupo de entre diez y quince mujeres de la Asociación, quienes se convirtieron en base y pilar del trabajo.

Fue sólo en retrospectiva que entendí la importancia de lo sucedido en esos primeros pasos del proyecto. En primer lugar, debido al relativo distanciamiento con los colegas del CIH, carecí de un colectivo necesario para la continua discusión del trabajo y para dividir tareas acordes a las habilidades individuales. Comprendí esa ausencia unos años después, en el proyecto de museos comunitarios: las frecuentes conversaciones con Mario Camarena en los traslados hacia y desde las comunidades afinaron la práctica y enriquecieron la reflexión teórica respecto de la historia oral en la situación comunitaria. Los iniciadores del proyecto, mientras tanto, se ocupaban de financiamientos, relaciones con distintas instituciones y coordinación de todo el trabajo. En otras palabras, un proyecto comunitario no es exclusivamente un proyecto de docencia e investigación, y por lo mismo, requiere de un equipo capaz de reconocer y atender la variedad de requerimientos, problemas y relaciones.[[15]](#endnote-15)

En segundo lugar, y también gracias al posterior trabajo en museos comunitarios, comprendí la importancia que tiene para este tipo de emprendimiento el obtener la buena voluntad de instancias locales cuya autoridad es reconocida y respetada, y son nodo central en una amplia red de relaciones sociales que estructuran a la comunidad. En los pueblos de Oaxaca, el presidente municipal ocupaba ese lugar porque llegaba a ese puesto después de completar todo el sistema de cargos. En Río Blanco, desde el sindicato emanaban relaciones sociales y políticas que tocaban a todos los residentes, y debido al movimiento que desbancó a la vieja dirección, el comité ejecutivo en ese momento gozaba de muy buena reputación. Al mismo tiempo, el carácter de la jerarquía institucional del sindicato, debido a su pertenencia a una definida estructura política, requirió que el contacto inicial fuera obra de un individuo situado a la par de la dirección sindical dentro de otra igualmente definida institución. La intervención del director del CIH fue clave para contar con la venia del sindicato, que a su vez no sólo puso a mi disposición ese buen ánimo sino que garantizó la permanencia del taller. Aprendí, además, lo que seguramente sabe cualquier egresado de la licenciatura de antropología: la importancia, primero, de contar con quien apadrinara mí entrada a la comunidad, y segundo, dejarse llevar por la corriente de la cotidianeidad. En esto último, por supuesto me fue útil mi pasado de militante en un partido de izquierda, donde aprendí a hacer trabajo de base.

Por último, revisando el trabajo hecho caí en cuenta que la participación de las mujeres reorientó el proyecto hacia entender la historia de ellas en la comunidad. Por esa razón, concluí entonces en la importancia de incorporar desde el principio y de manera deliberada a las personas de la comunidad en el diseño del proyecto. Mi reflexión en esta dirección debe mucho a la idea de Alessandro Portelli acerca de la relación entre entrevistado y entrevistador, que él describe como un esfuerzo de colaboración y no de mera extracción de información.[[16]](#endnote-16) Esta idea, llevada a la situación de historia oral comunitaria, significa que los participantes no son meramente ejecutantes sino diseñadores del proyecto. Esta idea fue incorporada a los talleres para los museos comunitarios y, en mi opinión, contribuyó al éxito de esos talleres. Haberlo hecho en el caso de Río Blanco quizás habría ayudado a mantener el interés de todos los que originalmente se acercaron al taller, porque se habrían involucrado en conformar los propósitos y objetivos del trabajo. Además, la incorporación de la comunidad en los primeros pasos de desarrollo del proyecto probablemente habría evitado la desafortunada discusión con mis colegas del CIH y sus consecuencias negativas no habrían ocurrido. En fin, gracias a todo ello—aciertos y desaciertos—el taller duro alrededor de un año.

El contenido y el trabajo del Taller

Después de varias sesiones en las que platicamos de historia en general, y de la historia de Río Blanco en específico, se me ocurrió implementar un ejercicio de autobiografía. El ejercicio lo adapté de algo que aprendí mientras fui asistente en los cursos de aptitudes académicas, en la Universidad de Massachusetts. Sabía yo que serviría para provocar la discusión, y además, me permitiría saber más y conocer mejor a las personas en el Taller. Efectivamente fue el caso, aunque el ejercicio a la larga arrojó mucho más.

Tras la escueta solicitud de que escribieran su historia hubo algún desconcierto y preguntas, hasta que imperó el silencio mientras cada quien recordaba y escribía. Después, algunas de las participantes leyeron sus escritos y entre todos los examinamos. A partir de preguntas precisas, la plática se encaminó, en primer lugar, hacia reconocer las vivencias específicas y diferentes de cada una; en segundo lugar, hacia evidenciar las experiencias comunes que enmarcaban esas vivencias. Estas dos actividades, escribir la historia propia y examinar en grupo los textos individuales, constituyen el núcleo del ejercicio de autobiografía.

El ejercicio se convirtió en ingrediente básico de subsecuentes talleres de historia oral. El tiempo y la experiencia fueron introduciendo modificaciones, particularmente durante la colaboración con Mario Camarena en los talleres impartidos para museos comunitarios; después, trabajando con diversos grupos, incluyendo los talleres en el Instituto Mora, he experimentado con variaciones que no siempre resultan útiles. Al principio me había preocupado el contenido, pero posteriormente encontré necesario comprender la forma. En consecuencia, recurrí a nuevas preguntas enfocadas a conocer cómo se cuenta el recuerdo, llevando así la atención al ordenamiento temático y temporal y al particular modo de expresión. Reconocer estas estructuras y estilos para narrar el recuerdo posibilita abordar la discusión acerca de cómo la experiencia individual y subjetiva requiere de situarse en el marco de las relaciones sociales para ser transmitida. Al mismo tiempo que íbamos trazando los temas en común, íbamos dando concreción a esos marcos sociales conformados históricamente. El ejercicio, a través del examen de los textos autobiográficos, pone a discusión el problema de conectar lo individual y específico con lo general y colectivo.

El desconcierto, titubeo y esfuerzo de concentración que las participantes sienten ante la instrucción de contar su vida las sensibiliza al esfuerzo que hará la persona a quien entrevisten, de manera que sepan reconocer y respetar la disposición a colaborar. Parte esencial de ese respeto—y el ejercicio lo revela—consiste en escuchar cuidadosamente a quien recuerda para entender contenido, forma y silencio en el relato del recuerdo. En ocasiones he cambiado las palabras en la instrucción inicial: indico a una parte del grupo “cuéntame tu historia” y a otra le indico “cuéntame tu vida” (en otras ocasiones cambio las palabras en las preguntas). Los distintos resultados indican la importancia del lenguaje en la formulación de preguntas, y subrayan la importancia de la escucha atenta. El ejercicio lleva así al reconocimiento de las palabras, principal herramienta con que cuenta quien entrevista.

La realización del ejercicio en Río Blanco fue clave para que las integrantes del Taller adquirieran una idea concreta de lo que buscaríamos con las entrevistas de historia oral. Aún más, lo que ellas escribieron trazó los ejes que finalmente seguimos en la investigación; es decir, aunque no fue planeado ni tampoco reflexionado en el momento, el ejercicio y la participación de las mujeres fueron la base sobre la que se construyó el trabajo subsecuente. La experiencia de usarlo me llevó a mí a darme cuenta de su potencial para poner en la mesa y de manera concreta el conjunto de problemas relativos a la técnica y el método de la historia oral; la información y la experiencia compartida, al mismo tiempo, ayuda a crear un espíritu de equipo. Es de notar que a través de los años he complejizado el ejercicio y que no obstante el tiempo, cada ocasión añade nuevos entendimientos.

El segundo ejercicio en cierta manera fue consecuencia natural del primero: las participantes del Taller llevaron a cabo entrevistas entre ellas. Para este ejercicio, llevé a cabo una entrevista con una de ellas mientras el resto observaba, y posteriormente comentamos acerca de la interacción, las preguntas y las respuestas. No recuerdo que surgieran novedades o incidentes a partir del ejercicio. Tiempo después, a partir de emplearlo en los talleres que Mario Camarena y yo dimos en la licenciatura abierta de la Escuela Nacional de Antropología e Historia en Oaxaca y en museos comunitarios, y sobre todo durante la redacción del manual que hicimos para estos talleres, descompusimos la entrevista en componentes (preparación de guion, preguntas, relación con persona entrevistada y otros) y experimentamos con prácticas que fueran didácticas a la vez que divertidas.[[17]](#endnote-17) Pero en esencia siguió siendo la misma idea de ensayar una entrevista en una situación controlada.

Más importante fue la manera de incorporar la colaboración de los participantes en el diseño de la investigación. Como ya señalé, en Río Blanco ello ocurrió sin que fuera un propósito deliberado. La relación que gradualmente emergió entre el coordinador y las participantes se convirtió en una colaboración que fue rediseñando las ideas originales con que habíamos empezado. En esa ocasión, yo no me di cuenta de cómo las conversaciones y la práctica redirigieron la atención hacia aquello que las mujeres participantes consideraban importante; solo en retrospectiva adquirí consciencia de ello. Posteriormente, en los talleres impartidos para el proyecto de museos comunitarios, ya incluimos deliberadamente esta colaboración en diseñar la investigación. Después del ejercicio de autobiografía hacíamos uno similar sobre historia de su comunidad, cuya posterior revisión derivaba en una amplia conversación acerca de la historia de la comunidad. El siguiente paso era pedir a los participantes que, divididos en equipos, platicarán y llegarán a tres propuestas de lo que les gustaría investigar acerca de su comunidad para incluirlo en el museo. Las varias propuestas eran presentadas a todo el grupo, que entonces procedía a examinarlas a cabalidad, para finalmente decidir cuáles llevar a cabo. Nosotros, como instructores, acompañábamos el proceso, ayudábamos a acotar las propuestas y a convertir la curiosidad en problemas de investigación. Finalmente, esas propuestas servían para elaborar subtemas de investigación y guiones de entrevista.

En algún momento posterior a elaborar la autobiografía, en el Taller de Río Blanco, una de las mujeres me abordó y preguntó si debía agregar a su escrito el hecho de que se había divorciado y vuelto a casar. No recuerdo la conversación que siguió, pero la pregunta me puso a pensar respecto de la omisión, un olvido deliberado. Hasta ese momento había considerado que el problema de trabajar con recuerdos era el olvido producto de la fragilidad de la memoria, y ahora caía en cuenta que el silencio debía ser quizás una preocupación más importante. Un olvido total no es problema; un olvido parcial es problemático, aunque los fragmentos que permanecen en la memoria son más de lo que teníamos antes. El silencio deliberado, en cambio, me confrontaba con no sólo entender lo que se dice sino lo que no se dice en la entrevista.

Lecturas posteriores me ayudaron a afinar las intuiciones que fui desarrollando en el trabajo.[[18]](#endnote-18) La primera tenía que ver con la situación en que se había realizado el ejercicio. La mujer en cuestión había decidido en ese momento dejar el divorcio fuera de su recuerdo. Aunque había un núcleo de mujeres con quienes ella era muy amiga, había otros participantes, incluyéndome a mí, para quienes prefería no recordar el asunto. Encima, el taller tenía un aire de formalidad todavía muy asociado con la institucionalidad sindical que, a primera vista, desaconsejaba compartir ciertos detalles de la vida privada. Las circunstancias en que ocurre el recuerdo y las personas para quienes recordamos, influyen en las decisiones respecto de qué sí y qué no recordar. Continué reflexionando, porque también me intrigaba que habiendo decidido una cosa, posteriormente dudara y me hiciera la pregunta. Pensé que el paso del tiempo sin duda contribuyó a que sintiera mayor confianza hacia quienes participábamos en el taller; además, intuí que esa confianza se extendía al trabajo que realizábamos y que ella consideró que su autobiografía no sería mero trámite en un curso sino que quedaba registrada dentro de un esfuerzo por contar la historia de Río Blanco. Posiblemente sintió preocupación, en consecuencia, por dejar un registro fiel que se sumaría a la historia, y no meramente a la satisfacción de la curiosidad individual. Así, entonces, la comunidad a la que se destina el recuerdo y el carácter histórico que adquiere en la historia oral son aspectos que entran en juego para conformar el recuerdo, de manera incluso contradictoria. En este caso particular, esas condiciones cambiaron con el tiempo, mostrando que el siempre cambiante presente desde el que se recuerda influye en las decisiones tomadas respecto de qué recordar.

En los varios meses de trabajo tuve oportunidad de crear una relación cercana con este núcleo de mujeres que se convirtieron en sostén del Taller. Las conversaciones que teníamos cuando me convidaban a cenar a su casa o sentados en alguna banca de la plaza, a veces individuales y a veces en grupo, me permitieron saber más acerca de sus vidas. En consecuencia, la perspectiva ganada desde la convivencia cotidiana en ocasiones me descubría la selección y los silencios que introdujeron en sus autobiografías. También, con el tiempo, me quedó clara la ventaja que en ese respecto tienen los proyectos comunitarios frente a la entrevista de historia oral que se realiza para el archivo, ya que en los primeros la relación interpersonal se extiende en tiempo y espacio más allá del momento de la entrevista. La relación entre entrevistador y entrevistado se convierte en algo distinto, más cercano a la colaboración que a la extracción de información.

Las ventajas de la estrecha convivencia por supuesto no están exentas de problemas. A primera vista, el problema aparecía como falta de distancia que permitiera objetividad: las mujeres del taller eran entrevistadas y entrevistadoras, con frecuencia diluyendo la distancia entre uno y otro papel. Al mismo tiempo, y hacia fuera del taller, las mujeres conocían a los posibles entrevistados y era imposible pedir que artificialmente crearan distancia y neutralidad. El problema, en realidad, se convirtió en entender la manera en que la relación entre dos individuos moldea el recuerdo; y al mismo tiempo, comprender que el dialogo entre la persona que hace las preguntas y la persona que las responde va acompañado de las expectativas que cada uno tiene respecto de quien escuchará las palabras que se intercambian durante la entrevista. Las personas entrevistadas dirigían sus palabras a una conocida y, a través de ella, a la comunidad de la que formaban parte. Presumiblemente entrevistadora y entrevistado concurrían en aquello que debía ser la historia de Río Blanco.

Ello implicaba una selección de recuerdos y olvidos, como señalé más arriba, que construían la historia acorde a la imagen que la comunidad tenía de sí misma: un pueblo obrero heroico, guiado por hombres del sindicato que aseguraban el progreso colectivo y velaban por el interés de cada residente. Esa imagen, claro, se estrellaba frente al reciente movimiento social que había llevado a los jóvenes sindicalistas disidentes a la mesa directiva. Ello creaba un antes y después en los relatos: el sindicato que antes sí defendía y después dejó de hacerlo. Organizamos dos foros públicos e invitamos a trabajadores jubilados a hablar de su vida. Ellos señalaron con detalle su participación en luchas que beneficiaron al pueblo, y cómo todo ello posteriormente decayó debido a los malos líderes. Pero esta visión no del todo coincidía con la que emergía en el taller. La percepción de las mujeres era contradictoria: por una parte, valoraban la experiencia sindical y acordaban gran estima a las mujeres que la tenían, y a contraparte, veían al sindicato como fuerza siempre ajena y muchas veces opuesta a sus necesidades. Al mismo tiempo, rendían una imagen de sí como esposas fieles y eficientes amas de casa, ocupando segunda fila en la lucha por el bienestar común. El lugar central que jugaron en el movimiento reciente, sin embargo, desmontaba esta imagen. La memoria colectiva tenía ese sello de memoria oficial, y en el transcurso del taller pude percibirla, pero no comprenderla. Por esa razón las discusiones dentro del taller nunca abordaron la relación entre lo individual y lo colectivo desde este ángulo. En consecuencia, las entrevistas no persiguieron los atisbos de la disidencia que en las historias personales marchaban a contrapelo de la memoria colectiva. La comprensión, por mi parte, vino después, al trabajar y reflexionar analíticamente sobre las entrevistas realizadas.

Los ejercicios aquí descritos fueron la columna vertebral de este y otros talleres posteriores. Los describo aquí no porque sean modelo para imitar. Me interesa sobre todo señalar el propósito que tuvieron: mostrar los elementos básicos de la técnica de entrevista, destacar las características centrales de la evidencia que surge en historia oral: recuerdo, experiencia, sentimiento, nexo individuo-colectividad. Aunque al iniciar el taller en Río Blanco tenía una vaga idea de lo que implicaba hacer historia oral, fue a través de diseñar y llevar a cabo los ejercicios que fui aclarando la materia. Aprendí de los ejercicios más que de leer textos, aunque los segundos fueron imprescindibles para distinguir y reflexionar acerca de ciertos rasgos que emergían en la práctica. Los ejercicios aquí descritos pueden servir como disparadores para imaginar y diseñar el trabajo en talleres similares, teniendo en cuenta la necesidad de adaptarse a situaciones específicas.

El Taller, la memoria y la política

La historia oral dedicada a producir fuentes para archivo considera a la memoria frágil porque olvida, tergiversa, confunde y engaña. Los proyectos están concebidos para contrarrestar esta característica ineludible de la memoria. En los proyectos comunitarios los problemas respecto de la memoria son de otra índole. Los silencios, tergiversaciones o exageraciones son constitutivos del recuerdo, y por esa misma razón son parte de la producción de significado del recuerdo frente a la comunidad de pertenencia. No son, por tanto, una amenaza sino ingredientes que complejizan la acción de recordar, que normalmente ocurre en diálogos insertos en la interacción cotidiana. Para comprender y tratar esos problemas, el historiador oral requiere entender los criterios de selección.

La situación presente, que incluía tanto la difusa conciencia de lo que sucedía en el mundo como la concreta percepción del momento personal, influyó en la selección de recuerdos que emergieron en el trabajo del taller. Este entendimiento fue madurando conforme avanzaba el trabajo, y me llevó a reflexionar acerca del entorno en que se desenvolvían las participantes. Habían formado una Asociación Cívica de mujeres, y la actividad del taller se convirtió en una de las varias acciones prácticas gracias a las cuales la Asociación sostenía su existencia a través del tiempo. Además, puesto que se trataba de hacer la historia de Río Blanco, les confería un lugar importante a los ojos de los demás. No sólo eran un grupo de mujeres que se reunían, sino que tenían el interés de la comunidad en mente. Estaban, en ese sentido moral, a la par del sindicato y la asociación de jubilados, organizaciones mayormente masculinas.

Pude constatar, en el transcurso de la única reunión de la Asociación a la que fui invitado, el sentido político que otorgaban a su participación en el taller. Ese sentido político orientó las entrevistas, porque muchas fueron con mujeres y por lo mismo subrayaron la presencia femenina a través de la historia de un pueblo dominado por el sindicato y sus connotaciones masculinas. Por supuesto les interesaba conocer el pasado, y las entrevistas con personas de edad avanzada acicateaban su curiosidad; pero también les interesaba usar los recuerdos convocados en las relaciones políticas del presente.

Algo muy similar ocurrió con los jubilados. Los jubilados fueron desalojados del local que ocupaban a un costado de la plaza principal de la ciudad. Este fue uno de los agravios que calentaron los ánimos que detonaron el movimiento de 1982. Aunque la nueva dirigencia les restituyó su local, muchos de los veteranos expresaron su temor a que en cualquier momento se los quitaran otra vez puesto que era un gesto del comité ejecutivo y no un derecho reconocido. Sentían, además, que los jóvenes desconocían las luchas sindicales de antaño. Su participación en el taller perseguía el doble propósito de afirmar presencia y legar experiencia a los jóvenes. Efectuamos dos Foros de Jubilados, en los que algunos viejos hablaron acerca de esas luchas. Al menos en ese momento, como con las mujeres, los jubilados sintieron que recobraban presencia y reconocimiento en el espacio público de la ciudad; en uno y otro caso, usaron el recuerdo del pasado para remodelar las circunstancias políticas del presente.

La orientación política es probablemente la característica que más distingue a la historia oral comunitaria de la historia oral de archivo. Quienes participan en ella están motivados por la ventaja que la recuperación del pasado pueda otorgarles en el orden político del presente.

Este interés político por supuesto podía estar en oposición al propósito de hacer emerger la memoria colectiva que cohesiona a la comunidad, como señalaba antes. La memoria colectiva convencional, centrada en el pueblo y la fábrica, excluía a residentes en la periferia del municipio, de reciente inmigración con el propósito de trabajar en la cercana planta de Kimberly Clark instalada desde 1968 (en los meses que funcionó el taller, estos vecinos se movilizaron varias veces para exigir del municipio servicios eficientes). El motivo también puede ser la necesidad de legitimar un nuevo reclamo de autoridad y poder, como era el caso de los jóvenes disidentes que llegaron a la dirección del sindicato. Los proyectos comunitarios se desenvuelven en una tensión continua entre la memoria colectiva aceptada y memorias disidentes, entre colectivos que disputan la hegemonía y entre solidaridades y fragmentaciones.

Los historiadores que se interesaban entonces en llevar adelante proyectos comunitarios estaban igualmente motivados por influir en la política del presente. Algunos, como era mi caso, habían atravesado por militancias políticas puntuadas por trabajo de organización de base. Los proyectos comunitarios, por esa razón, eran concebidos como una continuación de esa militancia, que permitía la confluencia de intereses políticos y académicos. Aludiendo a mi experiencia personal, la expectativa era que el taller funcionará como espacio de concientización y politización.

Desde la perspectiva del historiador y de los participantes el propósito de impactar en el presente era imperativo. Pero cuando yo propuse la creación del taller, ese propósito no estaba del todo claro; de haberlo estado, habría coincidido con la propuesta de mis colegas de iniciar con un examen del momento presente. Prevalecía en mí, me parece, el propósito de crear fuentes orales que con el tiempo serían usadas para elaborar una historia distinta y contrahegemónica. Eventualmente comprendí esta otra motivación nacida de la relación entre presente y pasado en el recuerdo, aunque era demasiado tarde como para reestructurar y reorientar el trabajo del taller.

Otra dimensión política resulta de la colaboración entre participantes de la comunidad y el historiador. En términos generales, la intención va dirigida a impactar la disciplina histórica y su finalidad es democratizar la producción de conocimiento y comprensión del pasado. En la historia oral orientada a los archivos institucionales, hay una clara división de trabajo entre quienes diseñan y quienes ejecutan el proyecto. Romper con la división del trabajo implica entonces que la historia no se elabora en el aislamiento del recinto académico sino en el espacio bajo investigación, entretejiendo el interés académico con el comunitario. En consecuencia, la historia elaborada por la comunidad, a través de narrar sus recuerdos, tiene la misma autoridad que la historia escrita emanada de las instituciones académicas dominantes. Posiblemente surjan desacuerdos entre el historiador y los participantes respecto de la narración, la explicación y la interpretación del pasado. Esta tensión puede ser productiva, en la medida en que lleva a entender las distintas perspectivas y la manera en que pueden complementarse o al menos convivir sin pretender anularse una a otra. Llevaría entonces a una reapropiación del conocimiento del pasado por quienes hasta ahora han sido meros objetos de la historia y a un diálogo potencialmente fructífero entre la memoria y la historia acerca de cómo y para qué conocer el pasado.

Además, yo esperaba que el taller condujera a una concientización política predeterminada. Esa expectativa cedió lugar a la observación de las ideas y los valores que las participantes desplegaban en su acción política. Para el historiador que incursiona en proyectos de esta índole, pensando en retrospectiva, el valor reside en reconocer este universo de expectativas, de tensiones y prácticas políticas en que están inmersos los sujetos, que dista mucho de la imagen de sujetos pasivos a la espera de un buen samaritano que inyecte conciencia y política en sus vidas.

La importancia del uso de la memoria para el presente también cambia el énfasis en la finalidad de la historia oral. La finalidad de crear un archivo es un objetivo suficiente para los proyectos institucionales, pero no para los proyectos comunitarios. La creación y conservación de fuentes pasa a segundo plano, mientras que generar un producto visible adquiere preeminencia.

El Taller de Río Blanco careció de este foco concreto hacia el que se dirigía el trabajo. Organizamos foros, montamos una exposición de fotografías históricas, realizamos una muestra de cine político, elaboramos un programa de radio; incluso intentamos que el museo local organizara una exposición y albergara las entrevistas, y desgraciadamente nos topamos con un recinto que nunca abría sus puertas y cuya cabeza brillaba por su ausencia. Todas esas actividades, desafortunadamente, estuvieron deshiladas, aparentemente tangenciales al trabajo del taller. El Taller duró alrededor de un año y produjo unas treinta entrevistas individuales, una entrevista colectiva con integrantes de la Asociación Cívica de la Mujer Rioblanquense, y la grabación de los foros mencionados. El proyecto llegó a su final no porque alcanzó una meta sino por el agotamiento de los participantes. El contraste que me ayudó a entender lo que había sucedido fue el proyecto de museos comunitarios, en el que había un claro objetivo, de manera que el proyecto terminaba con la elaboración de la exposición y la inauguración del museo.[[19]](#endnote-19)

Conclusión

Los proyectos comunitarios han enfrentado las mismas grandes cuestiones que la producción de fuentes orales para archivo: la memoria, la relación entre quien entrevista y quien responde, y el destino del resultado de la entrevista. Frente a estas cuestiones, este segundo camino de historia oral ha desarrollado una reflexión distinta. En torno a la memoria, ha privilegiado comprenderla como la acción de recordar, que relaciona pasado, presente y futuro, y que pone en juego criterios selectivos para producir simultáneamente recuerdos y olvidos. En cuanto a la entrevista y la relación entre entrevistador y entrevistado, sitúa al segundo en un papel activo que lo convierta en colaborador en la investigación. Esta colaboración trae a la superficie la intención de quienes recuerdan de poner en juego la memoria del pasado en la política del presente.

La diferente manera de emprender las entrevistas y afrontar los problemas ha tenido por consecuencia problematizar el recuerdo como fuente para la historia, proveyendo instrumentos para la crítica de la memoria que enfocan el particular carácter de la fuente. Este uso de la fuente oral marcha en el sentido opuesto a comprender el recuerdo como reflejo de los sucesos cuya fidelidad es amenazada por la fragilidad natural de la memoria humana. Propone, por tanto, un uso no positivista de la evidencia de la fuente oral.

Tiende igualmente a romper con la obsesión por fijar la memoria, sin que ello implique que la entrevista de historia oral deja de ser grabada. El objetivo principal no es crear una fuente para el archivo sino elaborar productos que la comunidad pueda emplear en las luchas del presente. La pretensión de objetividad en la fuente o en su uso queda descartada, poniendo en evidencia el carácter político de toda fuente de conocimiento acerca del pasado, algo que los archivos invisibilizan bajo el aura de neutralidad institucional. El uso de la memoria en la política del momento resulta igualmente importante que conservar los recuerdos para historias que serán escritas en el futuro.

El propósito de recontar la historia del Taller de Historia de Río Blanco no es ofrecer un modelo de trabajo a seguir. El propósito ha sido dejar constancia del trabajo realizado en esa otra vía de la historia oral. En México, como en otros países, durante un largo tiempo la historia oral caminó por dos vías, la de los proyectos de archivo y la de los proyectos comunitarios. La segunda vía es bastante menos conocida: tenemos acceso a los productos, principalmente libros y artículos, pero carecemos de descripciones que den cuenta del desarrollo de los proyectos. En el recuento de la experiencia del taller, intenté señalar los errores cometidos, aunque seguramente he olvidado muchos. El afán autocrítico está motivado por la común propensión a presentar los resultados sin detenerse en los traspiés dados en el camino. Ojalá podamos contar en el futuro con descripciones y reflexiones acerca los muchos proyectos comunitarios de historia oral que han existido. La experiencia acumulada sin dudad será útil, porque tengo la impresión de que ha iniciado una nueva ola de interés en este tipo de emprendimientos, vinculados a proyectos de memoria y derechos humanos.

Bibliografía

Brecher, Jeremy, “A report on doing history from below: the Brass Workers’ History Project”, en Susan Porter Benson, Stephen Brier y Roy Rosenzweig (coords.), *Presenting the past: essays on history and the public*, Philadelphia, Temple University Press, 1986, pp. 267-280.

Brecher, Jeremy, *Banded together: economic democratization in the Brass Valley*, Chicago, University of Illinois Press, 2011.

Camarena Ocampo, Cuauhtémoc y Teresa Morales Lersch, “El museo comunitario: un espacio para el ejercicio del poder comunal,” en Iñaki Arrieta Urtizberea (coord.), *Activaciones patrimoniales e iniciativas museísticas: ¿Por quién? y ¿Para quién?*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2009, pp. 115-128.

Camarena Ocampo, Mario y Alejandra Rosas Olvera (coords.), *Manantial de historias. El barrio La Fama Montañesa, 1939-1980*, Ciudad de México, Conaculta, Colectivo Cultural Fuentes Brotantes, CEAPAC Ediciones, 2005.

Camarena Ocampo, Mario, “Historia oral, escritura, poder: una experiencia de enseñanza”, *Palabras y Silencios / Words and Silences*, vol. 3, núm. 2, 2006, pp. 14-18.

Camarena Ocampo, Mario, Teresa Morales Lersch y Gerardo Necoechea Gracia, *Reconstruyendo nuestro pasado: Técnicas de historia oral*, Oaxaca, INAH, UNAM, s.f. [1991].

Carey, David, *Oral history in Latina America: unlocking the spoken archive*, Nueva York, Routledge, 2017.

Gamio, Manuel, *El inmigrante mexicano, la historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*, estudio preliminar, selección y notas de Devra Weber, Ciudad de México, University of California, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y Porrúa, 2002.

Gamio, Manuel, *Mexican immigration to the United States,* Chicago, University of Chicago Press, 1930 [reedición: Dover, 1971].

García Díaz, Bernardo, “Río Blanco, 1982: crónica de una derrota al charrismo sindical,” *1907*, núm. 7, marzo-abril, 1982, pp. 3-12.

García Díaz, Bernardo, *Un pueblo fabril del porfiriato: Santa Rosa, Veracruz*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

Glantz, Susana, *Manuel, una biografía política*, Ciudad de México, Nueva Imagen, 1979.

Gómez-Galvarriato, Aurora, *Industria y revolución. Cambio económico y social en el valle de Orizaba, México*, Ciudad de México, FCE, El Colegio de México, Universidad Veracruzana, 2016.

Green, James R., “Engaging in people’s history: the Massachusetts History Workshop”, en Susan Porter Benson, Stephen Brier y Roy Rosenzweig (coords.), *Presenting the past: essays on history and the public*, Philadelphia, Temple University Press, 1986, pp. 339-359.

Grele, Ronald, “La historia y sus lenguajes en la entrevista de historia oral: quién contesta a las preguntas de quién y por qué”, *Historia y Fuente Oral*, núm. 5, 1991, pp. 111-129.

Grele, Ronald, “Oral history as evidence”, en Thomas L. Charlton, Lois E. Myers y Rebecca Sharpless, *History of oral history: foundations and methodology*, Lanham, MD, Altamira Press, 2007*,* pp. 33-92.

Hernández Alvarado, Hilda, Josafat Vázquez Zepeda y Estefanía Hernández Marrufo, *Viesca, identidad e historia*, Saltillo, Secretaría de Cultura de Coahuila y Universidad Autónoma de Coahuila, 2016.

Hoover, Herbert T., “Oral history in the United States,” en Michael Kammen (coord.), *The past before us*, Ithaca, Cornell University Press, 1980, 391-407.

Lewis, Oscar, *Los hijos de Sánchez*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

Meyer, Eugenia y Alicia Olivera de Bonfil, “La historia oral: origen, metodología, desarrollo y perspectivas”, ***Historia Mexicana***, vol. 21, núm. 2, octubre 1971, pp. 372-387.

Meyer, Eugenia, “Vales tanto como recuerdas,” en Laura Espejel (comp.), *A la caza de cristeros y zapatistas: historia oral, 50 años en construcción*, Ciudad de México, INAH, 2013, pp. 41-50.

Necoechea Gracia, Gerardo, “‘Nosotras Somos Oprimidas, Esposas De Obreros’, Mujeres y Política En Río Blanco”, en Sergio Zermeño García y Jesús A. Cuevas Díaz (coords.), *Movimientos sociales en México durante la década de los 80*, Ciudad de México, UNAM, 1990, pp. 47-62.

Necoechea Gracia, Gerardo, “Custom and history: teaching oral history in the Community Museums Project of Oaxaca, Mexico,” *Radical History Review*, núm. 65, mayo 1996, pp. 119–130.

Norquay, Naomi, “Identity and forgetting”, *Oral History Review*, vol. 26, núm. 1, 1998, pp. 1-21.

Paz Paredes, Lorena y Julio Moguel, *Santa Gertrudis: testimonios de una lucha campesina*, Ciudad de México, Era, 1979.

Portelli, Alessandro, “La muerte de Luiggi Trastulli”, *Historia y Fuente Oral*, núm. 1, 1989, pp. 5-32.

Portelli, Alessandro. “Oral history as genre”, en *The Battle of Valle Giulia: Oral history and the art of dialogue*, Madison, University of Wisconsin Press, 1997, pp. 3-23.

Pozas, Ricardo, *Juan Pérez Jolote*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

Robertini, Camillo, “La storia orale in America latina,” *Passato e Presente*, núm. 99, septiembre-diciembre 2016, pp. 133-148.

Santander, Mónica, “Aproximaciones y apuntes al movimiento de museos comunitarios en Venezuela,” *Museos.ve Revista Digital de los Museos Venezolanos*, núm. 2, 2011, pp. 4-7.

Sayeg Helú, Jorge, *Las huelgas de Cananea y Río Blanco*, Ciudad de México, INHERM, 1980.

Schneider, William, *So they understand: cultural issues in oral history*, Logan, Utah State University, 2002.

Sharpless, Rebecca, “The history of oral history”, en Thomas L. Charlton, Lois E. Myers y Rebecca Sharpless, *History of oral history: foundations and methodology*, Lanham, MD, Altamira Press, 2007, pp. 9-32.

Sitton, Thad, “The descendants of Foxfire,” *Oral History Review*, vol. 6, núm. 1, 1978, pp. 20-35.

Taller de Tradición Oral de la Sierra Norte de Puebla *Tekintenkakiltiayaj in toueytatauan / Les oíamos contar a los abuelos,* Ciudad de México, INAH, 1994.

Taller de Tradición Oral de la Sierra Norte de Puebla, *Sentiopil, el Hijo del Maíz,* Cuetzalan, Ediciones del CEPEC, 1983.

Vásquez Rojas, Gonzalo, “Patrimonio cultural y museos comunitarios: la experiencia de Santa Ana del Valle, Oaxaca,” tesis de licenciatura en Antropología Social, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1993.

Wilcox, Clifford, *Robert Redfield and the development of American anthropology*, Lanham, MD, Lexington Books, 2004.

Notas

1. \* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

 Partes de esta historia pueden conocerse en Meyer y Olivera de Bonfil, “La historia oral”, 1971; Meyer, “Vales tanto”, 2013, pp. 41-50. [↑](#endnote-ref-1)
2. Robertini, “La storia orale”, 2016; para un recuento desde la misma perspectiva latinoamericana, pero de mayor densidad y complejidad, Carey, *Oral history*, 2017; sobre el desarrollo de la historia oral en Estados Unidos, Hoover, “Oral history”, 1980; Sharpless, “The history of oral”, 2007. [↑](#endnote-ref-2)
3. Gamio, *Mexican immigration*, 1930, y *El inmigrante mexicano*, 2002. [↑](#endnote-ref-3)
4. Wilcox, *Robert Redfield*, 2004. [↑](#endnote-ref-4)
5. Pozas, *Juan Pérez*, 1959; Glantz, *Manuel, una biografía*, 1979; habría que añadir, por el impacto que tuvo, a Lewis, *Los hijos de Sánchez*, 1961. [↑](#endnote-ref-5)
6. Grele, “Oral history”. 2007; véase Sharpless, “The history of oral”. [↑](#endnote-ref-6)
7. Paz Paredes y Moguel, *Santa Gertrudis*, 1979, pp. 11-14. [↑](#endnote-ref-7)
8. *Sentiopil*, 1983; y *Tekintenkakiltiayaj in toueytatauan*, 1994. [↑](#endnote-ref-8)
9. Necoechea Gracia, “Custom and history”, 1996; Vasquez Rojas, “Patrimonio cultural”, 1993. [↑](#endnote-ref-9)
10. Camarena Ocampo y Rosas Olvera, coords. *Manantial de historias*, 2005; Hernández Alvarado et al., *Viesca, identidad*, 2016. [↑](#endnote-ref-10)
11. Véase Necoechea Gracia, “Custom and history”; Camarena Ocampo, “Historia oral”, 2006. [↑](#endnote-ref-11)
12. Sayeg Helú, *Las huelgas de Cananea*, 1980; García Díaz, *Un pueblo fabril*, 1981; Gómez-Galvarriato, *Industria y revolución*, 2016. [↑](#endnote-ref-12)
13. García Díaz, “Río Blanco”, 1982; Necoechea Gracia, “‘Nosotras Somos”, 1990. [↑](#endnote-ref-13)
14. Green, “Engaging in people’s”, 1986; Brecher, “A report on doing”, 1986; Brecher, *Banded together*, 2011; las conferencias fueron organizadas por Mid-Atlantic Radical Historians Organization (MARHO), que desde 1978 llevaba a cabo un foro mensual, y publicaba *Radical History Review.* Yo residía en Estados Unidos desde 1970, por ello estaba familiarizado con estos proyectos; regresé temporalmente a México con el propósito de implementar el taller. [↑](#endnote-ref-14)
15. El Proyecto de Museos Comunitarios fue creado en la década de 1980 por Cuauhtémoc Camarena y Teresa Morales en el Centro Regional Oaxaca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y de entonces a la fecha pasó de ser un proyecto local a uno nacional y después internacional. [↑](#endnote-ref-15)
16. Portelli, “Oral history”, 1997; distintas aproximaciones al problema de la colaboración pueden explorarse en Schneider, *So they understand*, 2002; Sitton, “The descendants of Foxfire”, 1978. [↑](#endnote-ref-16)
17. Camarena Ocampo et al., *Reconstruyendo nuestro,* s.f. [1991]. [↑](#endnote-ref-17)
18. Por ejemplo, Grele, “La historia y sus lenguajes”, 1991; Portelli, “La muerte de Luiggi”, 1989; Norquay, “Identity and forgetting”, 1998. [↑](#endnote-ref-18)
19. Véase la página web museoscomunitarios.org; Camarena Ocampo y Morales Lersch, “El museo comunitario”, 2009; Santander, “Aproximaciones y apuntes”, 2011. [↑](#endnote-ref-19)